

DE ACTUALIDAD

# Mentalidad berroqueña



Que vivimos hoy en España en guerra social civil, es indudable. Acaso hay soluciones que sólo a costa de esta lucha, por dolorosa que ella sea, se logran. Y si no soluciones, el mejor planteamiento de los problemas. Porque la guerra destruye ficciones, poniendo al desnudo, y sin tapujos jurídicos las verdaderas intenciones de los beligerantes.

No sabemos lo que se ganará y perderá con esta lucha, pero como ésta, la lucha, es ante todo y sobre todo educación, podríamos darnos por satisfechos si merced a ella se acrecentara y depurara el ideario español, si adquiriéramos nuevas ideas, definiéramos las ya adquiridas de antes y sobre calentáramos, infundiéndoles emoción, unas y otras.

Pero notamos con pesar, que empieza a insistirse en lo de "delitos de opinión", que se habla ya de ideas criminales y que para muchos un mote es un anatema de condenación. Y así se llega a aquello de Sardá y Salvany, de que el llamarse uno a sí mismo liberal, simplemente el darse ese nombre, era o pecado o locura. La guerra social civil está suscitando, además, en no pocos, desde las profundidades de su subconciencia una especie de mentalidad paleolítica.

La circular, por ejemplo, que con fecha 15 de este mes de enero, dió el Fiscal del Tribunal Supremo es, aparte de sus intenciones, contra las que nada tenemos que argüir, un documento deplorable. Deplorable por la pobreza y mezquindad de su ideario, aun dentro de la obligada doctrina de quien lo firma, y deplorable por su tono. Tono que no se halla, ni mucho menos, al nivel del momento por que pasa la conciencia pública.

En ese deplorable documento se dice que una parte de la Prensa hace la apología de los crímenes sociales y excita a fanáticos ignorantes a cometerlos, y estamos seguros que en muchos casos eso que el Fiscal supremo llama apología, será no más que un estudio desapasionado del fenómeno llamado crimen social. Hay quien cree que Maquiavelo hizo en su tratado "El Príncipe" la apología del tirano, porque lo estudió serenamente.

En la víspera del día en que el Fiscal supremo lanzaba a la circulación el disco estereotipado de su pobrísimos documento, los tres abogados presos en Barcelona por haber defendido a obreros procesados por eso que se llama crímenes sociales, dirigían a la Prensa una carta en que hay algo revelador de la exacerbación de esa triste mentalidad paleolítica. Decían en esa carta:

"Se da el caso de que en un año es la segunda vez que nos ocurre lo propio. La primera detención fué en marzo último, y quien la llevó a cabo, el señor Doval, ha debido sincerarse de ella ante el Senado. Entonces la jurisdicción militar hubo de reconocer o injustificado de nuestra detención, decretando nuestra libertad sin haber llegado siquiera a procesarnos.

"Ahora, por lo visto, la Policía ha utilizado las mismas listas que entonces formara, demostrándolo el que haya intentado detener al malogrado Jaime Brossa, fallecido hace ya unos meses, precisamente a consecuencia de aquella detención."

Conocimos y tratamos bastante a aquel ingenuo Jaime Brossa, un niño, todo un niño, que fué nuestro buen amigo. Era hombre que se vaciaba en un gesto y que acuñaba frases. Era lo que se llama un soñador. Y el que ahora, después de meses de ya muerto, se le haya estado buscando para detenerle de nuevo, nos enseña cuán arbitraria, cuán absurda, cuán inquisitorial fué la detención aquella que le costó la vida. Así como ahora no podía buscársele por nada que haya hecho, ni como inductor, ya que un muerto no puede inducir a nada —como no sea con sus escritos—, así entonces se le encarceló tan sólo porque se le tenía fichado de peligroso. Y peligroso —que no lo era en ningún sentido— por las ideas que profesaba y propagaba y nada más. Es fácil que en los archivos de la Policía de Barcelona estuviese registrado como apologista del crimen.

Jaime Brossa, Pedro Corominas, Pedro Dorado Montero y otros, colaboraron conmigo en una revista que se publicó antaño en Barcelona y que se titulaba "Ciencia Social". Por escribir en ella, y no más que por esto, estuvo Pedro Corominas, después di-

putado a Cortes, preso en Montjuich y hasta corrió riesgo de ser fusilado, y nos consta que el Fiscal —un Fiscal paleolítico, de la edad de la piedra sin pulimentar, un Fiscal de mentalidad berroqueña— que le encausó y procesó, decía, refiriéndose a Dorado Montero y al que escribe esto: "Y éstos se me escapan por ser catedráticos y por vivir en Salamanca". Lo que quiere decir, que se consideraba como delictivos nuestros escritos en aquella revista, escritos que, por nuestra parte, los hemos reproducido, pues que no eran de mera actualidad, en nuestra colección de "Ensayos" y que con la conciencia enteramente tranquila de toda culpa, reproduciríamos cien veces si fuera menester.

Por ese camino se va hasta a perseguir el que se escriba historia, el que se investigue historia, a perseguir la rebusca de la verdad.

Podrá parecer a muchos un detalle insignificante el que se haya intentado últimamente detener al malogrado Jaime Brossa, a los meses de muerto, pero lo estimamos terrible revelación de un estado mental de las autoridades o de sus agentes. Y no porque éstos no tuviesen registrada la muerte del entusiasta soñador, sino porque ello revela que no se le iba a detener por nada que hubiese hecho o dicho recientemente, sino tan sólo porque estaba fichado como sospechoso o peligroso. Y nada nos extrañaría que alguna vez se extendiera auto de prisión contra Tolstoi o Ibsen o Bakunin o Proudhon. Y hasta contra algún Santo Padre de la Iglesia Católica. No se sabe a dónde puede conducir a nuestras autoridades y a sus agentes el abrir el camino de poder perseguir el delito de opinión, ni lo que un Fiscal puede entender por apología del crimen social. Porque, en punto a entendederas, nuestros fiscales...

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S